

Federico Peña

Alcalde de la ciudad de Denver, Colorado.

26 de agosto de 2008

Federico Peña es asesor principal en la oficina de la Vestar Capital Partners en Denver, Colorado, empresa de capital privado a la que se incorporó en 1998. Anteriormente fue secretario de energía y secretario de transporte de los Estados Unidos, en la administración Clinton. Antes de formar parte del gabinete, Peña venció a William H. McNichols Jr., que llevaba catorce años en el cargo, para convertirse en el primer alcalde hispano de Denver de 1983 a 1991. Nacido en Laredo, Texas, Peña obtuvo el grado de licenciatura por la Universidad de Texas en Austin en 1968, y en 1972 se licenció en Derecho por la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas. Actualmente forma parte de consejos de administración en varias empresas y es un administrador de la Universidad de Denver.

Las raíces de Peña se remontan 240 años atrás. El fundador de Laredo, Texas, el coronel Tomás Sánchez, era su hexabuelo. Peña atribuye el énfasis de sus padres en la educación y el orgullo de su herencia como las razones por las que ha tenido éxito. Cree que lo que ha podido lograr en su vida proviene de "esa autoestima, esa confianza, ese sentimiento de que estás parado sobre una roca porque has estado aquí durante mucho, mucho tiempo".

Creo que mi historia es muy similar a la de todos los presentes en esta sala. Nosotros, a nuestra manera, nos hemos enfrentado a obstáculos, vengamos de donde vengamos y hagamos lo que hagamos. De alguna manera, hemos perseverado y superado esos obstáculos. A veces nos han derribado, pero siempre nos hemos levantado. Por eso muchos de ustedes están hoy aquí. Hay millones de latinos y latinas en todo nuestro país que han hecho lo que ustedes han hecho y lo que yo he hecho, en el sentido de que han ido mucho más allá de lo que sus padres habían logrado y de lo que alguna vez pensaron que se podía lograr. Gracias a ello, nuestra nación es grande.

Nuestra nación será más grande en el futuro porque, como sabemos, esta nación siempre ha sido una nación de inmigrantes. Con la nueva oleada de inmigrantes cuyos hijos e hijas ganan medallas de oro en las Olimpiadas, cuyos hijos e hijas son los mejores de sus generaciones de secundaria, pero cuyas familias son amenazadas con la deportación, somos, sin embargo, un solo país. Somos los Estados Unidos. El jueves, volveré a estar con los inmigrantes que van a marchar en la zona norte de la ciudad, como hice hace tres años, cuando ochenta mil de ellos vinieron aquí a Denver y marcharon hasta el capitolio del estado. Yo nací en el sur de Texas. Mi madre y mi padre tuvieron seis hijos e hijas. Yo era el tercero de estos hijos. Mi hermano, Oscar, era dos años mayor que yo. Nuestro hermano mayor, Gustavo, era dos años mayor que él. Mi madre tuvo trillizos en 1948, quince meses después de que yo naciera. Según cuenta la historia, nadie tenía ni idea, sobre todo el médico. Por favor, no me citen, ya que podría recibir algunas cartas de los médicos de la ciudad de Brownsville, Texas. Según cuenta la historia, mi padre estaba en la sala de espera y el médico salió y dijo: "Sr. Peña, felicidades". Luego volvió cinco minutos después y dijo: "Sr. Peña, felicidades de nuevo". Y ya saben la última frase, verdad, "Sr. Peña, felicidades

de nuevo". Así que mi padre y mi madre tuvieron seis hijos e hijas en el transcurso de siete años y medio.

Lo que quiero decir es que, como tantas madres y padres, su principal compromiso fue con nosotros, sus hijos. Lo sacrificaron todo por nosotros. Desde el primer día, siempre se entendió y se esperó que sobresaliéramos en la escuela y que todos fuéramos a la universidad, cosa que todos hemos hecho.

Por desgracia, tres de nosotros nos convertimos en abogados. Fue por nuestros padres quienes entendieron sus raíces, que se remontan a 240 años atrás en Laredo; el fundador de Laredo, Texas, el coronel Tomás Sánchez, era mi hexabuelo. En el linaje de mi madre, él tenía antepasados que lucharon durante la Guerra Civil, uno de los cuales, Santos Benavides, solía ir a caballo desde Laredo hasta Austin, Texas, como miembro de la primera legislatura territorial. Como Santos sólo podía hablar español, necesitaba un traductor, lo que ofendió a algunas personas de la legislatura de entonces. En cierto modo, algunas cosas no han cambiado.

Esa es la historia de cómo me criaron. Me criaron con la idea de que siempre debía estar orgulloso de mi herencia, mi familia y mis raíces. Todo lo que he podido lograr en mi vida, ha sido gracias a esa autoestima, esa confianza, ese sentimiento de que estás parado sobre una roca porque has estado aquí durante mucho, mucho tiempo. Muchos de ustedes han estado aquí por mucho tiempo, particularmente aquellos de Nuevo México que han ayudado a guiarme en mi vida.

Después de graduarme de la escuela secundaria, me mudé a Austin, Texas, la cual sentía como un país extranjero situado a trescientos millas de Brownsville, Texas, y entré en la Universidad de Texas. Tenía 35 000 estudiantes, una población estudiantil mayor que la de mi

ciudad natal. Cuando puse un pie en ese campus, me di cuenta de que menos del 1 % de todo el cuerpo estudiantil era de minorías, incluyendo afroamericanos, latinos, nativos americanos y asiáticos americanos. Menos del uno por ciento del campus era de minorías. Recuerdo haber caminado por el campus de un extremo a otro y no haber podido saludar a nadie porque no conocía a nadie. Pero iba a estar ahí cuatro años y, de alguna manera, perseveré.

Cuando solicité el ingreso en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas, hice el examen de admisión estándar de la facultad de Derecho. Para los que son abogados, hacemos el LSAT (Examen de Admisión a la Facultad de Derecho, por sus siglas en inglés). Soy una persona terrible para hacer exámenes y lo hice mal, muy mal. No les voy a decir qué tan mal. No quiero desanimar a ninguno de los jóvenes aquí presentes. Pero quería ir a la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas, así que presenté mi solicitud. Recuerdo que el decano adjunto -Dios bendiga su corazón, ya no está con nosotros- me dijo: "Federico, no puedes ser admitido. Tu puntuación es demasiado baja. Basándonos en el análisis estadístico, predecimos que no puedes tener éxito en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas. Si por fortuna, con algo de suerte eres capaz de graduarte, no aprobarás el examen de abogacía. Por lo tanto, estás ocupando una plaza en la escuela que debería ir a otra persona, que, basándonos en sus resultados de los exámenes, sabemos que tendrá éxito absoluto y llegará a ser un gran y brillante abogado". No acepté el "No". No era la primera vez que no aceptaba un "no". Seguí importunándolo. Cada dos o tres semanas volvía a verle: "Vamos, Decano. Tiene que dejarme entrar. Nunca ha habido un abogado en toda mi familia, y quiero ser el primero". Me dijo: "No. Tu puntuación es demasiado baja". Seguí insistiendo en mi caso y, finalmente, unas semanas antes de que empezaran las clases, cuando creo que quedaban cinco plazas para otras personas,

me dijo: "Bueno, has sido tan persistente y parece que quieres ser abogado... Por fin te dejaremos entrar en la facultad de derecho".

Viajemos en el tiempo. Ironía de ironías, años después me invitaron a regresar para dar el discurso de graduación en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas. Me nombraron miembro honorario de la Orden de la Cofia, y ahora soy un exalumno distinguido de todo el sistema de la Universidad de Texas. Tengo la sensación de que muchos de ustedes en esta sala pueden identificarse con esa historia.

Me mudé a Denver, Colorado, después de graduarme de la escuela de derecho. Ya había aprobado el examen de abogacía en Texas, al igual que hice después en Denver. Mi hermano, Alfredo, iba a estudiar derecho en Denver. Creo que no conocía a nadie más. Había planeado mudarme a California para continuar mi trabajo de derechos civiles afiliado a la organización California Rural Legal Aid (Asistencia Legal para Trabajadores Rurales de California. CRLA, por sus siglas en inglés). Habría sido interesante que eso sucediera, pero me quedé en Denver y trabajé para el Fondo Mexicoamericano de Defensa Legal y Educación (MALDEF, por sus siglas en inglés).

Tomé la decisión de no convertirme en un abogado corporativo, sino en un abogado de derechos civiles porque creía que era lo correcto. Lo llevaba en el corazón. Participé en el primer caso contra la segregación escolar que involucraba a latinos, afroamericanos y blancos, en los Estados Unidos: Keyes contra el Sistema de Escuelas Públicas de Denver. Ese caso llegó hasta la Corte Suprema y volvió, regresó a la Corte Suprema, y volvió. Mi responsabilidad era representar a los estudiantes y profesores latinos que no estaban representados originalmente en ese caso, y pudimos hacerlo.

Fue una época interesante porque fue cuando alguien llamado Corky Gonzales estaba en esta ciudad, y marchaba por todas partes. Creó mucho entusiasmo en esta ciudad y muchos desafíos. Cuando eres un abogado de derechos civiles que hace el tipo de trabajo que yo hacía en esa época tumultuosa, mi trabajo era bastante desafiante. Pero de alguna manera, perseveré. Y agradecemos a Corky sus contribuciones.

Cuando decidí presentarme a la legislatura estatal, alguien me dijo que no podía hacerlo porque no era de Denver. Cuando me mudé a mi distrito, había un caballero que había sido un activista de la comunidad durante veinticinco años y se había postulado también. Yo fui el inesperado ganador. Estuve cinco meses y medio recorriendo las calles de puerta en puerta y fui elegido para mi primer mandato. Al final de mi segundo año en la legislatura, me eligieron líder de la minoría, algo muy inusual para un legislador novato de treinta y dos años. La elección fue tan tumultuosa que la persona a la que vencí para ese puesto, que fue un gran demócrata durante muchos años, dejó el partido y se hizo republicano. Pero hicimos lo que pudimos en la legislatura estatal como partido minoritario.

Dejé la legislatura y unos amigos vinieron a decirme: "¿Por qué no te postulas a alcalde de Denver?". Mi respuesta: "¿Por qué debería hacerlo? Hay un titular que lleva catorce años en el puesto. Tiene mucho dinero en su baúl. Tiene un 99 % de reconocimiento de su nombre. Yo tengo un 1 % de reconocimiento de mi nombre. Mi nombre es Federico. Mi apellido es Peña, ¿por qué...?". La gente me animó a postularme y me postulé. Había muchos detractores. La gente decía: "Denver no está preparado para un alcalde hispano. Eres de Texas. Eres demasiado bajito. No eres muy conocido y no tienes dinero". Pero en esa época yo sentí en esa ciudad, lo que siento hoy en este país: una corriente de descontento, la sensación de miles de personas en esta ciudad que querían contribuir, que querían participar y sentían que no se les daba una

oportunidad. Yo era uno de ellos. Dije que íbamos a agrupar una coalición de afroamericanos, latinos, asiáticos, ecologistas, trabajadores y vecinos, y homosexuales que nunca habían participado en unas elecciones a la alcaldía en esta ciudad. Reunimos a todo el mundo. Mi tema era "Imagina una gran ciudad".

La noche antes de las elecciones primarias, recibí una llamada de un periodista, al que no voy a identificar. Me dijo: "Estoy obligado a llamarte porque estoy llamando a todos los candidatos que se presentan a la alcaldía. ¿Cómo crees que te irá mañana en las primarias?". Había siete personas que se habían postulado a la alcaldía. Dije: "Sabes, tengo un extraño presentimiento. Creo que vamos a quedar primeros". No hubo risas, pero sí un silencio en el teléfono durante unos diez segundos. Él dijo: "Pero te tenemos en quinto lugar". Así que, al día siguiente, mientras nevaba en pleno mes de mayo en Denver, tuvimos una participación de votantes récord en la historia de Denver para cualquier carrera a la alcaldía. Quedé en primer lugar.

Al día siguiente, después de las elecciones, ese reportero volvió a mi oficina de campaña. Sacó su pequeño cuaderno de notas. Para aquellos que son reporteros, ya conocen esos pequeños cuadernos que tienen. Lo cerró y lo puso en la bolsa trasera de sus pantalones. Se cruzó de brazos y dijo: "Y bien, dime qué ha pasado con mi ciudad". Tuve que explicarle lo que le había pasado a nuestra ciudad. Y así, como se dice, el resto es historia.

Pasamos por una época difícil para reconstruir esta ciudad. Pero, sobre todo, quiero hacerme eco de los comentarios que otros han dicho. Cuando decidí presentarme finalmente a la alcaldía de Denver, también me fijé en otra persona. Su nombre es Henry Cisneros, y fue alcalde de San Antonio, Texas, antes de que yo fuera alcalde de Denver. Vino aquí un día para hablar a una multitud y, por supuesto, Henry es un orador extraordinario y dotado. Le escuché y pensé:

Quizá haya alguna manera de que pueda postularme. Todos nosotros, a nuestra manera, nos hemos inspirado en otros.

Cuando fui a Washington, hubo gente que dijo que alguien con un apellido como Peña no serían nombradas para el Departamento de Transporte, porque es una especie de nombramiento no tradicional, o como sea que la gente se refiera a ello. Pero nos sentimos muy orgullosos del trabajo que realizamos allí. Me sentí muy orgulloso de haber servido a dos departamentos (el Departamento de Transporte y más tarde el Departamento de Energía) y volví a casa e inicié una empresa. Ahora soy un empresario.

Cuando hablo con los jóvenes y me preguntan: "¿En qué debo pensar? Quiero ser astronauta. Quiero ser médico. Pero no estoy seguro de poder hacerlo". Yo les digo tres cosas:

Número uno, cree en ti. Cree en ti mismo, en lo que hay en tu corazón. Si realmente crees que puedes convertirte en astronauta y si lo deseas lo suficiente, hazlo. No le digo: "Es demasiado difícil. Eres demasiado bajito. Eres de otro planeta". Hazlo.

Lo segundo que les digo es que crean en su origen. Tienes una historia orgullosa, una tradición orgullosa. Es profunda. Es rica. Te dará fuerza. Recuérdala y síguela.

Y la tercera cosa que les digo a los jóvenes es que no olviden buscar la guía del de arriba, porque en su viaje habrá algunas subidas y algunas bajadas. Habrá algunos altos y algunos bajos. Y siempre necesitas tener en ti esa fuerza guiándote para mantenerte enfocado hacia adelante.

Hemos recorrido un largo camino. Cada uno de ustedes, a su manera, ha pasado por sus luchas y ha logrado mucho para estar aquí hoy. Todos estamos agradecidos por la orientación que recibimos de nuestras familias, o de nuestros parientes, o de alguien que nos inspiró, que nos animó y que confió en nosotros. Nuestra responsabilidad con el extraordinario poder político que

tenemos ahora en este país (gente como Antonio Villaraigosa y otros que se dan cuenta de esto cuando viven en una ciudad como Los Ángeles) está empezando. Está surgiendo.

Ya sabemos que el censo ha adelantado el momento, antes de 2050, en el que la mitad de nuestro país es minoría y nosotros seremos casi el 35 % de la población de los Estados Unidos. Con ese potencial, con esa oportunidad viene la responsabilidad. Todos nosotros tenemos la responsabilidad de asegurarnos de que, a medida que nuestras comunidades crecen, a medida que contribuimos a nuestro país, encontremos la manera de hacer lo que podamos para eliminar la extraordinaria tasa de abandono escolar en nuestros sistemas escolares. No podemos avanzar con el 50 % de nuestros niños y niñas abandonando la escuela. No hará ninguna diferencia que seamos la población más numerosa, si estamos abandonando la escuela. No hará ninguna diferencia que seamos la mayor población, si nuestros chicos y chicas están en nuestras cárceles. No hará ninguna diferencia si nuestros hijos e hijas no tienen buenos trabajos.

Somos los Estados Unidos. Nuestra responsabilidad, nuestra obligación, no es simplemente celebrar lo que hacemos en esta ciudad esta semana, no es solamente reconocer los grandes logros que tanta gente ha hecho durante muchas, muchas décadas en nuestro país para que nosotros pudiéramos estar aquí hoy. Nuestra responsabilidad es mirar al futuro y decir que tenemos que hacer lo que sea necesario ahora para asegurarnos de que todos estos jóvenes lo hagan mejor que nosotros y hagan avanzar a este país; para que puedan convertirse en los próximos presidentes y presidentas, en los próximos directores y directoras generales, en los próximos presidentes y presidentas de consejos de administración, en los próximos astronautas, científicos y científicas, y en los ganadores y ganadoras del Premio Nobel. En el año 2050, todos nosotros podremos decir (si todavía estamos por aquí) que nos sentimos orgullosos de lo que

hicimos en el año 2008, porque nos aseguramos de que nuestra comunidad siguiera siendo grande en este país. Esa es nuestra responsabilidad. Esa es nuestra obligación.